

# Las Manos De Mi Madre

Por: Fred Hernández, Sr.

*(Esta página no puede leerse sino con emoción. Ha brotado del corazón de un hijo agradecido de amor hacia su propia madre. La persona que inspiro este tributo final, doña Maria Luisa de Hernandez, ha sido y es una madre ejemplar. De sus hijos el mayor es juez en Puerto Rico; el segundo es Dentista, una hija es directora de hospitales, otra es dietista y la siguiente es secretaria. El autor es licenciado en teología y pastor.)*

Mamá, fui a visitarte a tu cuarto en el hospital mientras te recuperabas de una operación. Abrí lentamente la puerta, miré a tu cama y noté que estabas dormida. Con Mucho cuidado, como para no despertarte, entre y me pare frente a ti. Contemple tu rostro hermoso y sereno. Dormías tranquilamente. Luego mis ojos se detuvieron ante un cuadro que nunca olvidaré. Este cuadro eran tus manos, las manos de mi madre.

Las tenias cruzadas una sobre la otra sobre tu regazo. Me quedé observándolas con tierna devoción. Nunca las había notado tan bellas, tan notablemente atractivas. Se veían trabajadas, gastadas, un poco arrugadas, y los dedos, deformes y callosos.

Absorto en este pensamiento, di marcha atrás en el tiempo y me pareció ver tus manos trabajando con el pico y la pala, con el sartén y el cuchillo. Veía tus manos ordeñando las vacas y dándoles de comer a mis seis hermanos. Contemplaba esas manos sembrando las semillas en el surco y preparando la comida para la cena. Me parecía nuevamente sentir sobre mi cuerpo el castigo firme pero amoroso aplicado por tus manos, y el suave correr de tus dedos cuando me untabas las medicinas en mi garganta para aliviar mi ronquera. Veía los puños de tus manos lavando a orillas del rio la ropa de tus siete hijos, y luego observaba como planchaban nuestra ropa para ir a la escuela. Veía tus manos probando la temperatura de la plancha o tomando las ollas calientes sin mostrar señal de incomodidad; las contemplaba mientras amasabas la harina para hacer tortas de maíz. Las veía lavando con cepillo, agua y jabón el piso de la casa grande, o barriendo el patio de las hojas de los dos almendros que caían a montones frente a la casa, o halando la soga para sacar agua del pozo...

¡Cuántas obras de amor realizadas infatigablemente por tus manos ágiles y serviciales! Ahora comprendo porque se veían trabajadas, gastadas, arrugadas, y tus dedos deformes y callosos. Pero era así como se veían más bellas. Esas manos que contemplaba eran las manos más hermosas del mundo, eran las manos de mi

madre. Tus manos me hablaban de amor, trabajo, desvelos, sacrificio, corrección, castigo, confianza, seguridad, protección, ternura. Tus manos se transformaron en un maestro mudo pero elocuente, que me enseno todas las virtudes en forma práctica e imborrable. Deseé tener unas manos como las tuyas, pero eso no era posible pues solo había dos manos como las tuyas, y eran las tuyas, las manos de mi madre.

Tus manos me parecieron sagradas porque hablaban de abnegación y sacrificio. Se posesiono de mí un temor reverente: tus manos me hicieron recordar mucho las manos de Cristo. Como ministro religioso amo las manos de Jesús, y he llegado a amarlas gracias a tus manos, las que por primera vez pusieron una biblia en las mías.

No sé cuánto tiempo pase frente a ti contemplando tus manos. Solo sé que allí, junto a tu cama, vi toda mi vida, desde mi infancia hasta ahora, y comprendí como tus manos me habían formado y guiado con un amor que solo el cielo pudo darte. Si, en mi vida tú dejaste unas huellas que no se borrarán jamás, las huellas de tus manos, las manos de mi madre.